

843  
D

PQ 2227  
H.5  
56  
v.4

N

Núm. Clas \_\_\_\_\_  
Núm. Autor D 886 m  
Núm. Adg. 29773  
Procedencia - 8 -  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó gab



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

## MEMORIAS DE UN MÉDICO

I

### La ratonera de los filósofos

En la cima de la colina que los tres botánicos habían trepado con bastante pena, elevábase una de esas casitas rústicas de madera con columnas nudosas, de paredes puntiagudas, ventanas tapizadas de hiedra y clemátidas, verdaderas interpretaciones de la arquitectura inglesa, ó de los jardineros ingleses, que imitan á la naturaleza, ó por mejor decir, inventan una naturaleza á su gusto, lo cual da cierta originalidad á sus creaciones mobiliarias y á sus invenciones vegetales.

Los ingleses han inventado las rosas azules, y su mayor ambición ha sido siempre el antitesis de todas las ideas recibidas. Ha de llegar un día en que inventen azucenas negras.

Dicho pabellón, bastante espacioso para contener una mesa y seis sillas, estaba enladrillado y tenía una estera sobre los ladrillos. Las paredes estaban formadas de pequeños mosaicos de guijarros recogidos en la orilla del río y conchas ultra-secuanas; porque los



guijarros de Bougival y de Port-Marly no eran á los ojos del paseante del Oursin la concha de Santiago ó las conchas nacaradas y rosadas que es preciso ir á buscar á Honfleur, á Dieppe, ó en los arrecifes de San Adresse.

El cielo raso era de relieve, y parecían suspendidas sobre la cabeza del visitador piñas de pino, cepas de una fisonomía extraña que imitaban los perfiles de faunos ó de animales monteses; además, se veía á través de los vidrios de colores, según se miraba por un vidrio violado, encarnado ó azul, aquí la llanura ó los bosques del Vesinet, matizados como por un cielo tempestuoso, allí resplandecientes bajo el hálito abrasador de un sol de agosto, acullá fríos y marchitos como en una helada de diciembre. La diferencia sólo estaba en elegir su vidrio, es decir su gusto, y luego mirar.

Este espectáculo divirtió mucho á Gilberto, quien observó por todos los losanges la rica hoya que se desplegaba á las miradas desde lo alto de la colina de Luciennes, y por cuyo centro serpentea el Sena.

Sin embargo, un espectáculo bastante interesante también, al menos por tal lo tenía el señor de Jussieu, era el apetitoso almuerzo servido sobre una mesa de madera rocallosa, en medio del pabellón.

La exquisita crema de Marly, los hermosos albaricoques y las ciruelas de Luciennes, las salchichas y salchichones de Nanterre humeando en una fuente de porcelana, sin que se viese un solo criado traerlos; las risueñas fresas en un hermoso canastillo tapizado de follaje de viña, y al lado de una manteca deslumbrante por su frescura el abultado pan moreno del labriego y el dorado pan de avena, grato al estómago hastiado del habitante de las ciudades; he ahí lo que arrancó un pequeño grito de admiración á Rousseau, filósofo

si los hay, pero goloso sencillo, porque tenía el apetito tan vivo como modesto el gusto.

— ¡Qué locura! dijo al señor de Jussieu. Todo lo que necesitábamos era pan y frutas, y aun deberíamos, á fuer de verdaderos botánicos y laboriosos exploradores, comer el pan y engullir las ciruelas sin dejar de registrar entre las matas y abrir las hoyas. ¿Os acordáis, Gilberto, de mi almuerzo de Plessis-Piquet que he partido con vos?

— Sí, señor, bien me acuerdo de aquel pan y aquellas cerezas que tan deliciosas me parecieron.

— Eso es.

— En buen hora; he ahí cómo almuerzan los verdaderos amantes de la naturaleza.

— Mi querido maestro, interrumpió Jussieu, si me vituperáis la prodigalidad, hacéis mal, pues jamás servicio más modesto...

— ¡Oh! exclamó el filósofo, vos deprimís vuestra mesa, señor Lúculo.

— ¿La mía?... de ninguna manera, respondió Jussieu.

— Entonces, ¿en casa de quién estamos? replicó Rousseau con una sonrisa que acreditaba su violencia á la par que su buen humor, ¿en una casa de duendes?

— ¡Ó de hadas! dijo el señor de Jussieu levantándose y dando al descuido una mirada hacia la puerta del pabellón.

— ¡De hadas! exclamó Rousseau con jovialidad. Entonces benditas sean por su hospitalidad. Tengo hambre, conque comamos, Gilberto.

Y se cortó una rebanada muy respetable de pan moreno, pasando después el pan y el cuchillo á su discípulo.

Luego, sin dejar de morder por el medio de la miga compacta, escogió un par de ciruelas en la fuente.



Gilberto titubeaba.

— ¡Vamos, vamos! exclamó Rousseau, las hadas se ofenderían de vuestra perplejidad y creerían que halláis su festín incompleto.

— Ó indigno de vos, señores, articuló una voz argentina á la entrada del pabellón, en donde se presentaron cogidas del brazo dos rozagantes y hermosas mujeres, que, con la sonrisa en los labios, hacían señas al señor de Jussieu de que moderase sus saluciones.

Rousseau se volvió, con el pan encentando en la mano derecha y en la izquierda un pedazo de ciruela, y vió á aquellas dos diosas, ó al menos tales le parecieron por su juventud y hermosura; las vió y quedó atónito, saludando y vacilando.

— ¡Oh! señora condesa, dijo el señor de Jussieu. ¡Vos aquí! ¡Qué amable sorpresa!

— Buenos días, señor botánico, dijo una de las damas con una familiaridad y una gracia enteramente regias.

— Permitidme os presente el señor Rousseau, dijo Jussieu cogiendo al filósofo por la mano en que tenía la rebanada de pan moreno.

Gilberto había visto y reconocido también á las dos damas; por consiguiente abría tamaños ojos, y, pálido como la muerte, miraba por la ventana del pabellón con la idea de arrojarle por ella.

— Buenos días, mi pequeño filósofo, dijo la otra dama á Gilberto anonadado, acariciándole la mejilla con un golpecito de sus tres rosados dedos. Rousseau vió y oyó, y estuvo á punto de ahogarse de cólera. Su discípulo conocía á las dos diosas y era conocido de ellas.

Gilberto estuvo á punto de desmayarse.

— ¿Conque no reconocéis á la señora condesa? dijo Jussieu á Rousseau.

— No, respondió éste atontado: es la primera vez, me parece.....

— Madama Dubarry, prosiguió Jussieu.

Rousseau dió un brinco como si hubiese pisado un hierro candente.

— ¡Madama Dubarry! repitió Rousseau sin notar que su prolongado asombro venía á ser una ofensa grave. ¡Ella! ¡Y sin duda es suyo este pabellón! ¡Sin duda es ella quien me da de almorzar!

— Habéis acertado, mi querido filósofo; ella es y su señora hermana, continuó Jussieu, que no se hallaba muy contento ante aquellos elementos de tempestad.

— ¡Su hermana, que conoce á Gilberto!

— Íntimamente, caballero, respondió la señorita Chon con esa audacia que no respetaba ni enfados reales, ni genialidades de filósofos.

Los ojos de Rousseau despedían un brillo tan terrible, que Gilberto buscó con la vista un agujero bastante grande donde abismarse.

— ¡Íntimamente! repitió Rousseau. ¡Gilberto conocía íntimamente á esta señora, y yo no sabía nada! Pero entonces, me estaba vendiendo y burlándose de mí!

Chon y su hermana se miraron sonriendo. El señor de Jussieu desgarró un puño de encaje que valía muy bien cuarenta luises.

Gilberto juntó las manos, ya para suplicar á Chon que callase, ya para conjurar á Rousseau á que le hablase con más afabilidad.

Pero, al contrario, fué Rousseau quien se calló, y Chon la que habló.

— Sí, dijo ésta, Gilberto y yo somos conocidos antiguos; ha sido mi huésped, ¿no es verdad, chiquito?...



¿Acaso eres ya ingrato con los confites de Luciennes y de Versalles?

Este dardo dió el último golpe; los brazos de Rousseau se alargaron como unos resortes y volvieron á caer á los costados.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó mirando de soslayo al joven. ¡Conque esas tenemos, desdichado!

— ¡Señor Rousseau! murmuró Gilberto.

— Y bien; no se diría sino que lloras por haber sido acariciado por mi mano, continuó Chon. Ya sospechaba que eras un ingrato.

— Chiquito, dijo madama Dubarry, vuelve á Luciennes en donde te aguardan los confites de Zamora...; y aunque te escapaste de un modo singular, serás bien recibido allí.

— Gracias, señora, respondió secamente Gilberto; uerando yo dejo un lugar es porque no me agrada.

— ¿Y por qué rehusar el bien que os ofrecen? interrumpió Rousseau con acritud. Habéis probado la riqueza, mi querido señor Gilberto, y es preciso que volváis á ella.

— Pero, señor, cuando os juro....

— ¡Vamos! ¡ vamos! No me gustan los que comen á dos carrillos.

— Pero no me habéis oído, señor Rousseau.

— Sí tal.

— Pero me he escapado de Luciennes, en donde me tenían encerrado.

— ¡Embosecada! Conozco bien la malicia de los hombres.

— Pero, supuesto que os he preferido, supuesto que os he aceptado por mi huésped, por mi protector, por mi maestro.....

— ¡Hipocresía!

— Sin embargo, señor Rousseau, si yo tuviese apego á la riqueza, aceptaría la oferta de estas señoras.

— Señor Gilberto, una vez se me engaña fácilmente, pero dos jamás; sois libre, y podéis ir á donde gustéis.

— ¡Pero adónde ir, gran Dios! exclamó Gilberto abismado en su dolor, porque veía pérdidas para siempre su ventana y la vecindad de Andrea, y todo su amor... porque padecía mucho su orgullo al ver que lo tenían por traidor; porque veía desconocida su abnegación, su larga lucha contra la pereza y los apetitos de su edad que tan valerosamente había vencido.

— ¿Adónde? repitió Rousseau. Primero á casa de esta señora, que es una hermosa y excelente persona.

— ¡Oh! Dios mío, Dios mío! exclamó Gilberto cubriendo su cara con las manos.

— No tengáis miedo, le dijo el señor de Jussieu profundamente herido, como hombre de mundo, de la extraña salida de Rousseau contra las damas; no tengáis miedo, que ya os cuidarán bien, y os tratarán de indemnizar de lo que perdéis.

— Ya lo veis, dijo Rousseau con acrimonia; ahí tenéis al señor de Jussieu, un sabio, un amigo de la naturaleza, uno de vuestros cómplices, añadió con una sonrisa forzada, que os promete ayuda y fortuna, ¡y debéis contar con ella, porque el señor de Jussieu tiene mucho brazo!

Dicho esto, Rousseau, que ya no era dueño de sí mismo, saludó á las damas con reminiscencias de Orosman, hizo lo mismo al señor de Jussieu consternado, luego sin mirar siquiera á Gilberto, salió trágicamente del pabellón.

— ¡Oh! ¡qué animal tan repugnante es un filósofo! dijo tranquilamente Chon mirando al ginebrino que descendía, ó más bien se desbocaba por el sendero.



— Pedid lo que gustéis, dijo el señor de Jussieu á Gilberto, que seguía con su cara oculta con las manos.

— Sí, pedid lo que gustéis, señor Gilberto, añadió la condesa con una sonrisa dirigida al discípulo abandonado.

Éste levantó su cara pálida, separó los cabellos pegados á su frente por el sudor y las lágrimas, y con voz sosegada dijo :

— Supuesto que se dignan ofrecerme un empleo, deseo entrar de ayudante de jardinero en Trianón.

Chon y la condesa se miraron, y la primera tocó ligeramente con su piecicito el de su hermana, haciéndole al mismo tiempo una guiñada triunfante ; la condesa hizo con la cabeza una seña de que comprendía perfectamente.

— ¿ Es factible, señor de Jussieu ? preguntó la condesa. Mucho lo desearía.

— Supuesto que lo deseáis, señora, está hecho, respondió el señor de Jussieu.

Gilberto se inclinó y puso una mano sobre su corazón, que rebosaba de alegría después de haber estado anegado en tristeza.

Ciudad de Nuevo León  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

## II

### El apólogo

En aquel gabinetito de Luciennes en que hemos visto al conde Juan Dubarry tragarse, con mucho desagrado de la condesa, una gran cantidad de chocolate, el mariscal de Richelieu estaba tomando una colación con madama Dubarry, la cual, sin descuidar el tirar de las orejas á Zamora, se extendía cada vez más y con mayor negligencia sobre un sofá de raso bordado de flores, mientras que el viejo cortesano exhalaba ayes de admiración á cada nueva postura de aquella seductora criatura.

— ¡ Oh ! condesa, decía haciendo arrumacos como una vieja, váis á deshacer vuestro peinado. ¡ Ya se os ha deshecho una sortija de vuestro pelo ! ¡ Ah ! ¡ que se os cae una babucha !

— ¡ Bah ! querido duque, no hagáis caso, dijo la condesa arrancando distraidamente unos cuantos pelos á Zamora, y tendiéndose completamente en su sofá más voluptuosa y bella que Venus en su concha marina.

Zamora, poco sensible á todas aquellas posturas, rugió de cólera, pero lo calmó la condesa tomando de encima de la mesa un puñado de confites que le metió en el bolsillo. Zamora, de muy mal humor, volvió su bolsillo y derramó sus confites por el suelo.

— ¡ Tunantuelo ! dijo la condesa alargando una fina